

El comercio recibió un impulso vigoroso, pues que se organizó un servicio marítimo entre *Venecia, Génova, Marsella*, los puertos de *Siria* y todo el *Levante*, que estrechó las relaciones, facilitó el transporte de pasajeros y mercancías y acrecentó rápidamente la riqueza y bienestar de los pueblos del centro y sur de Europa. Los objetos de lujo, y los productos de los países cálidos, las *especias de la India* (canela, jengibre, nuez moscada, pimienta), el marfil, las sedas (de China), telas y tapices, algodón, azúcar y papel, pudieron ser adquiridos á más bajos precios que en los mercados de *Constantinopla. Pisa, Venecia y Génova*, celebraron convenios y tratados de comercio con los príncipes musulmanes de *Egipto y Trípoli* para poder comerciar con los vasallos de éstos. Después de la caída del «Imperio latino de Constantinopla.» los *venecianos* conservaron en esta ciudad un barrio entero, y fundaron factorías hasta en la cuenca del *Mar Negro*, por medio de las cuales comerciaban con *Trebizonza* y el *Alto Oriente*.

A partir de entonces, los objetos de lujo, los damascos y tafletes, las telas de seda brochadas de oro y plata, la muselina, la gasa, el cental, el tafetán, los terciopelos, los vidrios y espejos, el papel, el azúcar, y otros muchos productos de la industria, no solo fueron de más fácil adquisición, sino que se establecieron fábricas, principalmente en *Italia*, donde se produjeron y mejoraron muchos de estos artefactos. Las plantas más útiles, tales como el trigo, cáñamo, lino, la morera, el arroz, el café, el algodón y la caña de azúcar, algunas de las cuales las había recibido el Occidente por medio de los árabes de España, fueron mejor conocidas y cultivadas después de aquellas guerras religiosas.

El álgebra, la geomerría, la química, la trigonometría, la numeración arábiga y multitud de artes é inventos que vuelven grata y cómoda la vida, se ha dicho ya que los Occidentales los debieron á los árabes; solo resta añadir que desde las cruzadas se generalizaron más y formaron parte integrante de la vida en los pueblos de Europa. Las mismas creencias, tan arraigadas en cada una de estas dos civilizaciones, sufrieron grave quebranto al ver que no eran los *infielos* tan despreciables como el ciego fanatismo se los había hecho suponer; que entre ellos había hombres ilustrados y generosos, que podían dar ejemplos de moral cristiana á

los más celosos observantes de la vida y doctrinas de *Cristo*. [1]. En algunos príncipes y Señores, estos ejemplos hicieron desaparecer la intransigencia de sus creencias, volviéndolos más tolerantes. Algunos, como Federico II (emperador de la casa de Hohenstauffen), se tornaron en incrédulos en lo absoluto. [2].

## CAPITULO II.

### Las Monarquías en Europa.

DESDE LAS CRUZADAS HASTA LA TOMA DE  
CONSTANTINOPLA. (1,096 A 1453).

#### I.—Principales naciones de Europa.



LA disolución del «Imperio de *Carlo-Magno*,» quedaron tres grandes Estados: *Alemania, Italia y Francia*, que luchan por constituirse independientemente. *Inglaterra* continúa alejada de las revoluciones del

Continente en su retiro insular. En *España* comienzan los cristianos su cruzada de ochocientos años contra los musulmanes. Las demás naciones son, en esta época, como si no existiesen.

La primera nación que se constituyó definitivamente en Europa después de la disolución del «Imperio del *Carlo Magno*» fué *Alemania* con *Otón I* (casa de Sajonia) en el siglo X (918), que se imagina reconstituir el «Gran Imperio de Occidente;» pero los sucesores, persiguiendo este fantasma de *Imperio*, agotan sus fuerzas en una lucha tan tenaz como estéril la contra *Italia*, á la que pretenden dominar, hasta que perece el último re-


(1) Saladino era tan generoso que volvía sin rescate los prisioneros, y enviaba su médico á los príncipes enfermos sus enemigos.

(2) A él se atribuye la frase: «Ha habido tres impostores: Moisés, Jesucristo y Mahoma, que engañaron respectivamente á los judíos, cristianos y musulmanes.»

presentante de ese sueño, en un cadalso (1,250). (V. Cap. III). Pero las naciones que ocuparon el primer puesto en el Continente, aunque constituidas después que la *Alemania*, fueron *Francia é Inglaterra*.

## II.—La Monarquía Francesa.

DESDE LAS CRUZADAS HASTA LA GUERRA DE  
CIEN AÑOS. (1,096 A 1,328).

A verdadera monarquía francesa no quedó definitivamente establecida sino hasta el siglo XII. Durante los siglos X y XI, los primeros *Capetos* reinaron, como los últimos *carlovingios* en el IX, sólo nominalmente; pero ya *Luis VI* y *Felipe Augusto* dieron un gran impulso á la soberanía, infundiendo respeto á los «Señores feudales» y á los reyes extranjeros, tanto por su administración regular y cuidadosa como por la actitud enérgica que asumieron en el «Poder supremo» del reino. *Felipe* pudo arrebatár al rey *Juan* (de Inglaterra) las provincias de *Francia* que éste conservaba, desde que la repudiada esposa de *Luis VII* [Leonor] le llevara en dote; lo derrotó en *Bouvines*, obligándolo á restituírlas (1,214). Nadie mejor que él supo mantener sumisos á los «Caballeros», y, en suma, constituir sobre bases sólidas la monarquía.

Pero el más perfecto de los reyes, el rey cristiano por excelencia, fué *Luis IX*, (el santo); era valiente y caritativo, humilde y justiciero: prohibió el *duelo* como medio de decisión jurídica: castigó enérgicamente á los «Señores» que intentaban hacerse justicia por su propia mano y publicó «*Instituciones ú ordenanzas*» encaminadas á prevenir todas las violencias. La devoción, que era en él ingénita, le llevó á reanimar el espíritu ya muerto de «las cruzadas», y pereció persiguiendo ese ideal cristiano, en la tercera de sus estériles expediciones contra los infieles del norte de *Africa*. (1,270).

Después del insignificante reinado de *Felipe III*, aparece *Felipe IV* (el hormoso): uno de los soberanos que dejaron más profundas huellas en la monarquía francesa. Fué el primero que creó impuestos regulares

[aunque excesivos] que pesaban principalmente sobre los cultivadores y artesanos, si bien no estaban exentos de ellos los nobles y el clero [1]; impuso, frecuentemente, préstamos á todos los habitantes del reino, y dió grande importancia á los «legistas» [gentes de toga], los cuales llegaron á formar por entero el *Parlamento*, ó «tribunal del rey», encargado de resolver los litigios é instruir los procesos. Mas, la institución que hizo del reinado de *Felipe IV* una época importante en la historia de la monarquía francesa fué la reunión de la «Asamblea» ó «Estados generales del reino.» Formaban parte de esta «Asamblea» tres clases de representantes: los del *clero*, *nobleza* y *burguesía*, que constituían los tres *brazos* ú *órdenes* del reino. El *clero* y la *nobleza* formaban los dos primeros, la *burguesía* formaba el «tercer Estado.» y siempre se le designó con este número de orden hasta la Revolución, en los comienzos de la «Epoca Contemporánea.» El objeto de estas «Asambleas» fué conceder *subsidios* al rey, y el derecho de cobrar toda clase de impuestos; pero sucedió que una vez concedidos, los reyes se negaron a reunirlos, por temor á las reclamaciones de los representantes, que aspiraban á poner trabas al despotismo y poder absoluto de los monarcas. En los reinados de *Juan II* y *Cárlos VII* [1,356 y 1,443], los *Estados* concedieron á la monarquía los recursos de que disfrutó hasta 1,789.

Los tres hijos de *Felipe* (*Luis X*, *Felipe V* y *Cárlos IV*) reinaron sucesivamente, sin dejar hijos varones que conforme á la «Ley sálica,» estrictamente aplicada por los legistas, pudieran heredar el trono de *Francia*. No podía darse mayor coincidencia ni tampoco mayor desgracia: *Eduardo III* (rey de Inglaterra) nieto de *Felipe IV* pretendió la corona de *Francia*, haciendo valer los derechos de su madre *Isabel* á esta corona, contra el expreso mandato de la «Ley sálica.» *Eduardo* tenía otro derecho: el de un excelente ejército y el de un reino poderoso. Los franceses sin hacer caso de los pretendidos derechos del inglés habfan nombrado rey á *Felipe de Valois* (*Felipe VI*) [1,328]. Así comenzó la desastrosa «guerra de cien años» entre los dos pueblos más poderosos de Europa.

(1) Las contribuciones eran: el *vigésimo*, ó sea el 5 p<sup>o</sup> sobre compra y venta de mercancías; y el 2 p<sup>o</sup> sobre la propiedad.

## III.—La Monarquía inglesa.

**L**A dinastía de los *sajones* que formaban un reino de guerreros brutales y sanguinarios, no había hecho más que declinar en los siglos IX y X, debido principalmente á su mala organización política y á las incursiones de los «hombres del norte» [normandos], que asolaban las costas y verificaban frecuentes correrías por el interior. Procedían de *Dinamarca* y la península *escandinava*, y más de una vez estos terribles piratas y aventureros pusieron á punto de su pérdida á las naciones del oeste, centro y sur de *Europa*. Los últimos *carlovingios* perdieron más y más su prestigio en *Francia* por no ser capaces de oponerse á los *normandos*, que llegaron hasta poner sitio á *París*; en tanto que los primeros *capetos* debieron en gran parte la consolidación de su monarquía á los esfuerzos de *Eudes*, *Roberto*, *Raúl de Borgoña* y *Hugo* para defender el reino contra las incursiones de aquellos terribles enemigos. No obstante estos esfuerzos, los *normandos* habían logrado su objeto: la principal de sus bandadas, con *Rollon* su jefe, se había apoderado de la gran provincia de *Francia*, que forma la región situada á lo largo de la *Mancha*, y que de ellos tomó el nombre de *Normandía*. De allí salió la regeneradora banda que debía cambiar la faz de la monarquía inglesa.

En 1,066, *Guillermo*, duque de *Normandía*, pretendió la corona de *Inglaterra*, sin más título que el de ser yerno del rey anterior (*Eduardo*), y con otro mejor aún: el de un ejército de 60,000 guerreros decididos y valientes, que reclutó entre los súbditos de sus vastos dominios. Fué una marcha triunfal: los *sajones* no resistieron; los vencedores se apoderaron de los bienes y tierras de los vencidos, y mandaron como dueños. Lo importante fué la organización que los conquistadores dieron al país: la nota exacta que los soberanos de esa dinastía tomaron de las propiedades y dominios, de los siervos, villanos y hombres libres, caballeros y nobles (barones ó lords), les permitió gobernar, establecer im-

puestos y dirigir la administración del reino conforme á un principio único. Nombraron jueces ambulantes (vizcondes ó *scherif*) encargados de recorrer el país é impartir justicia en nombre del rey, y prohibieron las guerras privadas entre los «Señores», teniendo que sujetarse á la paz ó justicia del «Soberano» todo aquél que atacara á su enemigo, cualquiera que fuese la causa (1).

El excesivo poder del rey hizo que los nobles [barones ó lords] se unieran para disminuirlo y oponerse á un despotismo que cada día aumentaba. En el siglo XIII, [1,215], hallándose *Juan sin Tierra* en crítica situación, los nobles, (caballeros ó *Knights*), le prometieron ayudarle y obedecerle, imponiéndole ciertas condiciones, entre las cuales están las siguientes:

- 1.º El rey debe respetar los bienes de sus súbditos, no exigiéndoles tributos sino previo consentimiento.
- 2.º Debe respetar la vida de las personas, no castigándolas sino en virtud de juicio regular.

Esta fué la famosa *Carta Magna*, origen del *Parlamento* y del *Jurado* y base del «Derecho Público» en *Inglaterra*.

Al principio, todos los reyes la quebrantan, aunque protesten cumplirla; pero todos se ven obligados á ratificar esta «Carta», y tal ceremonia recuerda á la nación que tiene *derechos*, y al «Soberano» que tiene *deberes*. De este compromiso se derivarán con el tiempo las libertades públicas y «el régimen parlamentario» de que hoy disfrutan las principales naciones de *Europa*.

Los únicos que formaron el «Parlamento» ó asamblea encargada de conceder al rey el dinero necesario para los gastos de guerra, fueron por mucho tiempo los nobles ó *lords*; pero á fines del siglo XIII (*Enrique III* y *Eduardo I*) se dispuso que cada ciudad mandase á la asamblea dos burgueses, y cada condado dos caballeros. El «Parlamento» no concedía nada sin que antes el rey oyera sus quejas, y frecuentemente lo obligaba también á reformar su administración ó á destituir los empleados. Los «Señores y obispos», que fueron los únicos citados al principio, formaron desde entonces la *Cámara de los lords*; y los caballeros de los con-

(1) En 1,154 comienza la dinastía de los *Plantagenets*: *Enrique II*, *Ricardo Corazón de León*, *Juan sin Tierra*, *Enrique III*, *Eduardo I*.

te. Tan pronto como adquirió su autonomía, el papado se convirtió en una *potencia* frente al Imperio, cuyo cetro caído de las débiles manos de los sucesores de *Carlo-Magno*, fué empuñado de nuevo por la casa de *Sajonia*. (918—1,024), la de Franconia y por la raza de los *Hoheustauffen* (1,075 á 1,250), quienes aspiraban, según las tradiciones *cesáreas*, á la dominación universal. De aquí nació una lucha tremenda que duró dos siglos, y cuyo triunfo fué indeciso: tal fué la lucha entre el «Pontificado y el Imperio.»

## II.—Lucha entre el Pontificado y el Imperio.

**U**STA lucha comenzó por una cuestión de forma: las investiduras eclesiásticas. Según los cánones, el *obispo* debía ser elegido por los *canónigos*, y el *abad* por sus *monjes*; pero como á estos oficios iban unidas grandes propiedades que los reyes ó emperadores concedieran en *feudo*, el soberano (principalmente en Alemania), reclamaba el derecho de elegir al que iba á disfrutar de tales beneficios ó *regalías* (partes del dominio real). Y como una consecuencia de este derecho, el emperador investía con el *anillo* y el *báculo* á quienes deseaba, generalmente á los nobles de su corte, á sus parientes y amigos, imponiéndoles: el correspondiente vasallaje. Esto indignaba á los papas, penetrados de la superioridad de la Iglesia y de la incongruencia de la elección de sus principales miembros por un «poder laico» extraño al espíritu de esa misma *Iglesia*. El papa *Pascual* resolvió la dificultad disponiendo que los *obispos* y *abades* renunciaran á todas las «propiedades y derechos» que debían al emperador (condados, monedas y portazgos), cosas á que, en realidad, no renunciaron, pues los *prelados* de Alemania continuaron siendo «grandes Señores»; pero el soberano convino en que los nombramientos se hiciesen conforme á los cánones, reservándose *investir* á los agraciados por medio del estandarte, símbolo de su poder sobre los príncipes laicos (1,122).


Esto no fué mas que el preludio, pues que la *Iglesia*, reformada ya en su cabeza y en sus miembros, y animada por un espíritu de superioridad universal, quiso sujetar á su influencia y poder al emperador y á los reyes, dictándoles los cánones á que debían ajustarse, depониéndolos del trono, eximiendo á los vasallos del juramento de fidelidad y exigiéndoles, en fin, cuenta y razón de sus actos. Esto era lo que el Papa *Gregorio VII* decía al emperador *Enrique IV* en su famosa «epístola:» «Al dar Dios á *San Pedro* el derecho de atar y desatar en el cielo y en la tierra,» (escribía al magnate), «no exceptuó á nadie, y sometió á su ley á todos los príncipes y á todas las potencias del universo, puesto que lo instituyó *Príncipe de los reinos* de este mundo.» Era lo mismo que afirmaba *Inocencio III* diciendo: «El Creador ha formado en el cielo de la *Iglesia* dos dignidades: la mayor, que es el papado, rige las almas como el Sol los días; mientras que la menor, que es la monarquía, rige los cuerpos, como la Luna las noches. El papado es tan superior á la realeza, como el sol á la luna. Dios encargó á *San Pedro*, no solo el gobierno de la Iglesia universal, sino el del mundo entero; y así como todas las criaturas del Cielo, de la Tierra y del Infierno doblan la rodilla ante Dios, todos deben obedecer á su vicario, para que no haya más que un rebaño y un pastor.» *Bonifacio VIII* expresaba más claramente la misma idea diciendo, que las dos potencias del mundo, la espiritual y la temporal, correspondían al papa: «la primera directamente, la segunda por medio de los reyes, conforme á las órdenes pontificales.»

Unida la causa de los papas á la de *Italia*, cuya independencia defendieron contra los césares alemanes, pareció que triunfaba en 1,250, al morir el último de aquellos constantes enemigos del *Pontificado*. El papa pudo creerse dueño de *Italia* y de *Europa*; pero duró poco esta ilusión: ni la península pudo formar una nación unida, capaz de conservar su independencia (1), ni los reyes obedecerían sumisos al «Pontífice romano.» *Felipe IV* de *Francia* dió el ejemplo de insubordinación, declarando al papa extraño á sus manejos y á su reino, y apoderándose en cierto modo del *Pontificado*, al con-

(1) La Italia ha permanecido dividida y en poder de extranjeros hasta este siglo (1,861), en que se formó el reino actual.

seguir que eligieran papa á *Clemente V*, que se estableció en *Aviñón*. De aquí habían de nacer los escándalos del «gran cisma.»


III.—Los Estados de Italia. (1,250-1,453.)

 LA muerte de *Federico II*, el reino de *Nápoles* y *Sicilia* fué conquistado por *Carlos de Anjou*, para caer luego en manos de *Pedro III* de *Aragón*: rivalidad que se prolongó por dos siglos y que produjo «Las guerras de Italia» en la «Edad Moderna.»

En el centro y en el norte de *Italia* se habían formado ricas y poderosas ciudades: verdaderas repúblicas democráticas como *Florenzia*, ó «Estados aristocráticos,» como *Venecia* y *Génova*. En *Florenzia* los banqueros y fabricantes dirigían el grupo de ciudades y pueblos de *Toscana*, y hasta los mismos nobles se veían obligados á inscribirse en los *gremios* ó «cuerpos de oficio.» *Génova* y *Venecia* que se habían enriquecido enviando sus mercaderes á los puertos de Oriente, (*Alejan-dría* y *Constantinopla*), tenían régimen político análogo. El *Dux* ó *Duque* era más bien, sobre todo en *Venecia*, un cargo de representación y aparato; la verdadera autoridad residía en un *Consejo* (el consejo magno) formado por los personajes distinguidos de la antigua nobleza. y por otro *secreto*, el de los *Diez*, que mandaba ejecutar secretamente á los que le parecían sospechosos. *Pisa*, rival de *Génova*, fué sitiada y destruída por ésta. envidiosa de su importancia y creciente poderío. Todas estas «ciudades» se odiaban profundamente y consumían sus fuerzas en interminables luchas intestinas.

Las revoluciones duraron dos siglos; y en este tiempo, casi todas las ciudades fueron presa de los jefes de banda ó compañía (los *condotieri* ó *condotieros*), con excepción de *Venecia* que conservó su sólida organización política por más tiempo. En el siglo XV era la ciudad más rica y poderosa de *Italia*; pero no pudo evitar que la península cayera poco después en manos de los monarcas más poderosos de Occidente, como luego veremos.

IV.—Alemania á fines de la Edad Media.  
(1,250—1,453.)

UANDO el último de los *Hohenstauffen* pereció en el cadalso levantado por *Carlos de Anjou*, aliado del papa y conquistador del «reino de Nápoles,» podía decirse que el Imperio alemán no existía. No solo había sido detenido en su marcha ambiciosa de reconquistar la *Italia* para realizar el absurdo sueño de reconstituir el «Imperio de *Carlo Magno*,» sino que los «Señores» recobraron su independencia, continuando su vida de bandolerismo y de pillaje sin que nadie los inquietase. A la muerte de *Federico II*, ni siquiera pudo nombrarse emperador, permaneciendo vacante la silla imperial por 15 años. Por fin, pasado este tiempo, es elegido emperador *Rodolfo de Hapsburgo*, con quien comienza aquella famosa «casa de Austria» que había de ser tan poderosa dos siglos después.

No obstante, el «Imperio» llevó vida insignificante por esta época y hasta llegó á perder con *Alberto I* la *Suiza*. Sobre este suceso se refiere que *Guillermo Tell*, joven amante de la libertad, se negó á honrar el sombrero, que como símbolo de la autoridad del príncipe, había colocado en su lugar *Hermann Gessler*, bailfo de aquellos cantones. Este se vengó de *Guillermo*, obligándolo á que tomara por blanco de su flecha una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. *Tell* acertó, pero llevaba la intención de matar al bailfo en caso de haber herido á su hijo; pronto cumplió su propósito, quitando la vida al tirano en una hondonada, cerca de *Küssnach*, disparándole su certera flecha al corazón. En 1,315, aquellos sencillos y valientes cazadores hicieron morder el polvo á los orgullosos caballeros austriacos. La batalla de *Morgarten* aseguró la independencia de la *Suiza* y fué la primera prueba de que la noble y brillante caballería era inferior á un ejército plebeyo bien organizado.

En 1,356 reinando *Carlos VI* (de Luxemburgo) se expidió la «bula de oro» que fijó de modo definitivo la elección imperial, á fin de evitar las guerras civiles; según

ella, debía hacerse por siete electores: cuatro laicos (el rey de Bohemia, el conde palatino, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo), y tres eclesiásticos (los arzobispos de Colonia, Tréveris y Maguncia).

A principios del siglo XV (1,438), la corona imperial que fué arrebatada por la «casa de Luxemburgo» á la de «Austria» vuelve á ésta con Alberto II [yerno de Segismundo, último emperador de aquella casa]. Los dominios austriacos se encuentran de pronto agrandados con el «reino de Bohemia» que le trajera en dote su esposa, y empieza entonces á levantarse el formidable imperio, que amenazó más tarde la independencia de Europa.

V.—Los reinos Musulmanes.—El Oriente.  
[1,096.-1,453.]

**L**OS musulmanes en esta época cedían en Occidente: con Alfonso VI de Castilla puede decirse propiamente que comienza la verdadera reconquista de España. Dos «caballeros cruzados» Raimundo, conde de Tolosa y Enrique de Borgoña, se ponen al servicio del rey y adquieren en breve tiempo fama inmortal de valor y consagración por la cruz, solo inferior á la del Cid, el héroe nacional. En los siglos XIII y XIV, después de las victorias de las «Navas de Tolosa» (1,212) y del «Salado» [1,340], debe decirse que ya no existe el poder musulmán en España, y si se conserva aún el estandarte del Profeta por más de un siglo en Occidente, es por las incurables rivalidades entre los reinos cristianos.

Sucedía lo contrario en Oriente. Los musulmanes, detenidos por algún tiempo en su marcha invasora, á causa del esfuerzo cristiano manifestado en las «cruzadas», crearon nuevos alientos con la aparición de nuevas hordas, que venían á reforzar á los decaídos califatos. Los turcos, semibárbaros, y tan fanáticos como los árabes, dirigidos por su jefe Osmán ú Otmán [de donde les

viene el apodo de Otomanos], acababan de fundar un imperio formidable en Asia Menor. [1,299 á 1,326]. Con Orkán penetran en Europa, se apoderan de Galípoli y amagan á Constantinopla; con Amurates I conquistan á Anárinópolis y amenazan al Imperio alemán. Segismundo [rey de Hungría y de Bohemia], unido á Juan de Nevers [duque de Borgoña], intenta detenerlos en Nicópolis; pero los cristianos sufren una terrible derrota, y el Occidente queda abierto á las incursiones de aquellos fanáticos feroces. [1,396].

Una nueva invasión salvó á la Europa y al imperio griego en ese momento: la de los mogoles, dirigidos por Gengis-Kan y Tamerlán. El imperio fundado por el primero era enorme: comprendía desde el Asia central hasta el Volga. Al descender sobre el Asia Menor se encontraron con los turcos: el choque fué terrible. Ancira, lugar en que se verificó, fué inundada en sangre: los mogoles vencedores hicieron miles de prisioneros, que sacrificaron, entre los cuales se encontraba Bayaceto I, el vencedor de los cristianos en Nicópolis. Pero esto no fué más que una tregua; Tamerlán se dirigió al Oriente, y poco después murió, deshaciéndose su imperio, mientras que los turcos se organizaban de nuevo.

Amurates II intenta, como Bayaceto, apoderarse de las provincias danubianas; pero los húngaros y albaneses lo detienen por algún tiempo. Al fin, húngaros, polacos y válacos son derrotados en Varna. [1,444]. Mahomet II se dirige hacia Constantinopla que había quedado aislada en su asilo inexpugnable; un ejército de 260,000 hombres la asedia por tierra y una numerosa flota por mar. (1,453). El último de los emperadores, Constantino XII, pereció en la brecha; los turcos se apoderan de la capital del Imperio: los habitantes son exterminados ó reducidos á esclavitud; muchos huyeron hacia Occidente. Este hecho que habría parecido insignificante en otra ocasión, tuvo entonces una influencia trascendental é importante en la marcha del mundo. Los eruditos, sabios y literatos griegos, que emigraron al Occidente encontraron en todos los países, y principalmente en Italia, un terreno muy bien preparado para aprovechar las enseñanzas y volver en los manuscritos que llevaban á las puras fuentes de lo antiguo. Además, el comercio entre Italia y Levante fue destruído; los colonos venecianos fueron expulsados;

había que cambiar las vías del comercio. El «Renacimiento literario.» una serie de «Inventos» y «Descubrimientos geográficos» que acompañaron ó siguieron á la «toma de Constantinopla.» señalan el momento decisivo de una nueva faz en el desarrollo de la civilización. Comienzan los tiempos modernos.

## CAPITULO IV.

### Instituciones, Gobierno y Costumbres. (1,096—1,453).

#### I.—La Iglesia.

**E**N el siglo X, la Iglesia presentaba un aspecto tristísimo; obispos y abades, curas y monjes, seguían las costumbres de los seculares, conforme á la ruda vida de aquella época: la incontinencia, el tráfico de las cosas santas, (simonía) y la general corrupción (espíritu del siglo) habían invadido los *capítulos* y *conventos*. Fué necesario que algunos hombres, animados por el verdadero espíritu cristiano, purificaran la «Iglesia.» La reforma comenzó por los «conventos.» Los «monjes negros» de *Cluny* y los «monjes blancos» de *Cîteaux*, dieron el modelo de la vida monástica en el siglo XI, y obligaron á todo el clero á cambiar de costumbres. *Gregorio VII* y *San Bernardo*; monje negro de *Cluny* el primero, y monje blanco sisterciense el segundo, muestran el espíritu de esa reforma que aspiraba á sujetar, no solo al clero, sino á los laicos, á su influencia y dominio.

Bien necesitaba la «Iglesia» esas reformas: en el sur de *Francia* y norte de *Italia* aparecieron las primeras herejías. (siglo XII). Los *cátaros* [puros] ó *valdenses* [de *Valdo* su jefe], predicaban, por odio á los vicios del cle-

ro, las máximas del Evangelio, procurando practicarlas. Se negaban á admitir lo que no estuviese en la «sagrada Escritura,» condenando imágenes, agua bendita, santos, reliquias, purgatorio, ayuno, indulgencias, en una palabra; las prácticas que la Iglesia había creado en diez siglos. Decían que los prelados no debían poseer riquezas y vivir como los seculares, sino edificar las almas, y vivir y trabajar como los apóstoles. Por último, afirmaban que los sacramentos y penitencias eran inútiles, y que la fe y el arrepentimiento bastan para la salvación.

La herejía se presentaba formidable y cundía rápidamente, pues que sus sectarios trabajaban con ardor, como quien está convencido de la bondad de su causa. El papa envió comisarios encargados de «llevar á cabo una *pesquisa*» [inquisitio] de los sospechosos, con amplias facultades para prender, juzgar y condenar á cualquiera, y con autoridad para absolverse entre sí en caso de que cometiesen alguna irregularidad. Así nació la «Inquisición,» tribunal singular y terrible que juzgaba en secreto, sin sujeción á ninguna regla, y cuyos fallos eran inapelables: citaba á los denunciados como «herejes,» sin comprometer al delator, los interrogaba, y si no confesaban su delito los sometía a la tortura. Las penas consistían en multas, confiscación de bienes, flagelaciones públicas, vestidos con insignias infamantes, ó la prisión [enmurallados] en pequeños y sombríos calabozos, donde acaban los condenados sus días, en medio de crueles sufrimientos y sometidos al «pan de angustia» y al «agua de dolor.» A los más peligrosos, á los rebeldes, el tribunal los condenaba á ser «quemados vivos,» limitándose á entregarlos al juez laico para que ejecutase la sentencia, porque la Iglesia no podía matar.

Las reformas implantadas por los monjes en el siglo XI no fueron suficientes; un siglo después [XII], cuando los monjes blancos [cistercienses] fueron enviados para convertir á los herejes del sur de *Francia*, irritaron á éstos con su lujo, con su corrupción y con su orgullo; el abad de *Cluny* viajaba como los «grandes Señores,» con un ejército por escolta. Fué necesario que se establecieran nuevas reformas: los que llevaron á feliz término esta empresa fueron los monjes, *San Francisco* [1,182] y *Santo Domingo* [1,170]: el primero fun-